

La muerte en tres visiones poéticas

Georges-Michel Darricades

Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral son tres poetisas que en su producción abordan el hecho irrefutable de la muerte. Cada una de ellas adopta una perspectiva que, aunque haya nacida de experiencias diferentes, nos acerca a esa realidad.

Aparece así en el primer caso la muerte intuita, en el segundo la evolución de lo que queda lejos ante lo que es inminente y en el tercero el tránsito hacia otra vida.

*Tengo el presentimiento que he de vivir muy poco. / Esta cabeza mía se parece al crisol, / Purifica y consume. / Pero sin una queja, un asomo de horror, / Para acabarme quiero que una tarde sin nubes, / Bajo el límpido sol, / Nazca de un gran jazmín una víbora blanca / Que dulce, dulcemente, me pique el corazón. Tal y como decía en su poema «Presentimiento», así anticipaba su propia muerte Alfonsina Storni, sin saber que iba a terminar por apurar su llegada, entre las olas del mar. Hay mucha premonición en varias de sus poesías. Veamos sólo un verso –rotundo– de «Melancolía»: *Oh muerte, yo te amo.**

Sin embargo, siempre el abrazo con la muerte es con dignidad, frágil, cuidadoso. Como en «Alma desnuda»: *Alma que ha de morir de*

una fragancia, / De un suspiro, de un verso en que se ruega, / Sin perder, a poderlo, su elegancia.

Y después del desencanto, en una de sus poesías más populares, «Voy a dormir», hay una espera, una suerte de resignación; se debe dar cumplimiento a lo soñado, quizás desde el cenit de su propio génesis, hasta el nadir de su fin; es como si fuera la escenografía del último acto del drama; prepara el momento pero también, con pulcritud, dispone todo para su largo viaje sin retorno: *Dientes de flores, cofia de rocío, / manos de hierbas, tú, nodriza fina, / tenme puestas las sábanas terrosas / y el edredón de musgos escardados. / Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame. / Ponme una lámpara a la cabecera; / una constelación, la que te guste; / todas son buenas: bájala un poquito. / Déjame sola: oyes romper los brotes... / te acuna un pie celeste desde arriba / y un pájaro de traza unos compases. / para que olvides... Gracias. Ah, un encargo: / si él llama nuevamente por teléfono / le dices que no insista, que he salido.*

A diferencia de Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou aborda la muerte por otros derroteros poéticos. Inicialmente coquetea con ella, le hace guiños, en su juventud, ciertamente, sintiéndose llena de vida; le hace una suerte de desafío, la convoca incluso, para gozar su presente como ufanándose

de su juventud: *Tómame ahora que aún es temprano / Y que llevo dalias nuevas en la mano. / Tómame ahora que aún es sombría / esta taciturna cabellera mía. / Ahora que tengo la carne olorosa. / Y los ojos limpios y la piel de rosa. / ahora que calza mi planta ligera / La sandalia viva de la primavera. / Hoy y no mañana. Oh amante. ¿No ves / Que la enredadera crecerá ciprés?*

Juana insiste en su desafío, mientras vive a plenitud, y nos muestra un divagar erótico enraizado en la tierra y, a pesar de transformarse en ciprés, se declara inmortal: *Yo le tengo horror a la muerte. / Más a veces cuando pienso / que bajo de la tierra he de volverme / Abono de raíces, / Savia que subirá por tallos frescos, / Árbol alto que acaso centuple / Mi mermada estatura, / Me digo; - cuerpo mío; / Tú eres inmortal. / y con frucción me toco / Los muslos y los senos, / El cuello y la espalda, / Pensando: ¿Palpo acaso / el ramaje de un cedro, / las pajuelas de un nido, / La tierra de algún surco / tibio como de carne femenina? / Y extasiada murmuro: / - Cuerpo mío: ¡estás hecho / De sustancia inmortal!*

Y en «Vida Garfio», el placer se despliega en una danza entre Eros y Tanathos: *Ha de llegar un día en que he de estarme quieta, / ¡Ay, por siempre, por siempre! / Con las manos cruzadas y apagados los ojos (extracto).*

La muerte en tres visiones poéticas

Y más adelante en el mismo poema, la exaltación del fin: *¡Oh, déjame que guste el dulzor del momento / Fugitivo e inquieto! / ¡oh, deja que la rosa desnuda de mi boca / Se te oprima a los labios! / Después seré cenizas bajo la tierra negra* (extracto).

Ya en sus versos de madurez, la mirada es diferente, la muerte ya no es un juego, sino certeza, por eso esta suerte de despedida, en «Elegía»: *Adiós almendra, adiós espejo, adiós, / Amanecer de aljabas y cristales; / Adiós absorta luna de los sueños* (extracto). Y continúa: *Ha llegado la hora del recuento, / triste mujer del canto. / Del canto de cigarrera sobre el júbilo*. En el poema «La última muerte», en sus dos primeros versos, trasunta su experiencia cotidiana de la muerte: *Se me acabó la muerte / que cultivé hasta ahora*.

Muy joven Juana tuvo contacto con la muerte, esta situación hizo resplandecer su vida, y más tarde afrontó casi con resignación la travesía final: *¡Como vivía yo cada minuto / y me moría jubilosamente. / Para tornar a renacer tan clara / Como los puros musgos de las fuentes! / Ahora asisto con inmóvil párpado / Al continuado juego de la muerte*.

Si hay una palabra que puede definir la relación que tuvo con la muerte Gabriela Mistral en su poesía, ésa es desgarró. Hablemos de «Desolación» y específicamente de «Balada», en una lectura a vue-

lapluma; seguro que se interpretará como un poema de celos: *Él pasó con otra; / yo lo vi pasar... Él va amando a otra / por la tierra en flor. / Él besó a la otra / a orillas del mar; / Él irá con otra / por la eternidad*.

Pero hay más, al leer un poema hay una primera mirada, pero también puede haber una segunda lectura, la «otra» ¿no es la muerte? Desde una perspectiva diferente, está la tierra que orada la vida, tierra-muerte.

En «De morir» trasunta esa larga espera de la muerte eterna. A pesar de su profunda fe religiosa, Gabriela siente la muerte muy apegada a la tierra:

Guardando estoy para las amarillas / horas del ataúd, para el oscuro / lodo de los inviernos bajo tierra / y un otoño dorado de gusanos. Y sigue la muerte-tierra haciendo estragos en su caparazón corpórea: *Tú no oprimas mis manos. / Llegará el duradero / tiempo de reposar con mucho polvo / y sombra en los entretejidos dedos*». Y dirá: *No puedo / amarla, porque ya se desgranaron / como mieses sus dedos*». */ Tú no beses mi boca. / Vendrá el instante lleno / de luz menguada, en que estaré sin labios / sobre un mojado suelo* (Íntima, en «Dolor», publicado en «Desolación»).

En «Los sonetos de la muerte» reafirma esta idea-relación tierra-muerte, en el soneto I: *Del nicho he-*

lado en que los hombres te pusieron, / te bajaré a la tierra humilde y soleada. / Que he de dormirme en ella los hombres no supieron / y que hemos de soñar sobre la misma almohada. / Te acostaré en la tierra soleada con una / dulcedumbre de madre para el hijo dormido, / y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna / al recibir tu cuerpo de niño dolorido. / Luego iré empolvoreando tierra y polvo de rosas, / y en la azulada y leve polvareda de luna, / los despojos livianos irán quedando presos. / Me alejaré cantando mis venganzas hermosas, / ¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna / bajará a disputarme tu puñado de huesos!».

Otra variante interesante y muy recurrente en Gabriela, es su anhelo casi obsesivo por ser madre. No serlo la marcó profundamente, tanto que esa ausencia del cumplimiento de su sueño maternal es un desgarró brutal que se asocia a la muerte: *Muerte, eres una madre sin caricias, y continúa: y por eso ha venido / mi música a fluir sobre estos huesos. / Ya arrullar sólo sea mi oficio.*

Y en «La mujer estéril», aparece la muerte metafórica, en las dos últimas estrofas: *Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada; / piensa que en los de un hijo no mirará extasiada, / al vaciarse sus ojos, los follajes de octubre. / Con doble temblor oye el viento en los cipreses. / ¡Y una mendiga grávida, cuyo seno florece /*

cual la parva de enero, de vergüenza la cubre!

Pero hay un aspecto insoslayable que no se puede olvidar para entender la relación de Gabriela con la muerte: su profunda fe. Ésta fue fundamental en su vida y la revela a lo largo de su andar poético. Veamos algunos ejemplos: *No hay nada ya que mis carnes taladre. / Con el amor acabóse el hervir. / Aún me apacienta el mirar de mi madre. / ¡Siento que Dios me va haciendo dormir!»* (Palabras serenas). / *Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje / con los trigos divinos, y sólo de Ti espero, / ¡Padre nuestro que estás en los cielos: recoge / mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!* («Poema del hijo»).

Y en el hermoso poema «Éxtasis», viene la súplica a Dios: *Ahora, Cristo bájame los párpados, / pon en la boca escarcha, / que están de sobra ya todas las horas / y fueron dichas todas las palabras.* Para insistir, casi al final del poema: *Por eso es que te pido, / Cristo, al que no clamé de hambre angustiada: / ahora, para mis pulsos, / y mis párpados baja!*

La obra «Desolación» está teñida de muerte. Allí cohabitan el dolor, la frustración, el abandono, y prevalecen los contrarios-complementarios: placer-dolor, maternidad-esterilidad, esperanza-desolación, vida-muerte, hay una larga agonía existencial. ■